



Sermón Dominical

REV. JAVIER ULLOA CASTELLANOS

DOMINGO 29 DE MARZO 2026

HACIA LA META CON ESPERANZA “OFRECIENDO NUESTRAS VIDAS EN UN SEGUIMIENTO GENUINO A JESÚS” JUAN 12:12-19

Domingo de Palmas

La vida cristiana es un don extraordinario que nos coloca sobre el “candelero”, pero no para que seamos vistos únicamente, sino para que nos consumamos en amor hacia el prójimo. La salvación es un don que se recibe, no para bien de nosotros solamente, sino para bien de los demás también. El que se reserva el don del amor de Jesús se empobrece, más aún, corre el riesgo de deteriorarlo. El amor es un don que no se puede retener, cueste lo que cueste. Se comparte con la misma generosidad con que se recibió.

Jesús sabía que no era suficiente hacer donación de su propia fuerza, era preciso hacer donación de su propia vida. ¿Cómo hacer esta donación cuando la tensión entre las expectativas de la gente y su identidad como el enviado de Dios para salvar a sus hermanos se contradecía? Mucha gente esperaba algo de Jesús, pero lo que él les ofrecía no parecía convencerlos. A ese Jesús no querían, ni sus propios discípulos lograban entenderlo, más aún, intentaron persuadirlo de que no fuera a Jerusalén y no cumpliera su palabra dicha anteriormente, de que le era necesario morir para luego ofrecer la verdadera vida. Este es el gran dilema hasta nuestros días. El corazón de Dios no se ajusta al de la gente, su obra no encaja con las obras de las personas; su deseo para los hombres y mujeres no se ajusta los deseos de ellos. En este relato se nos muestra cómo la gente tomó sus posiciones frente a Jesús sin entenderlo realmente, pero a la vez, se nos deja claro cuál es

definitivamente la misión de Jesús y el espíritu con que la cumple.

Se dice en la Biblia que Jesús está a la puerta del corazón y llama, que él no desea estar al margen del acontecer humano, sino que anhela entrar, convivir, animar, fortalecer y transformar la vida y todo lo que le rodea, y no ser un Dios que deja hacer y deja pasar, un Dios decorativo, distante, desinteresado; sino un Dios que cumple su Palabra al decir en labios de su Hijo: “Yo he venido para que tengan vida”. Y al hacerlo te compromete. ¿Qué vas a hacer con eso? Esa es la razón por la que Juan pone el relato de la resurrección de Lázaro como un evento fundamental y que da sentido y orientación al compromiso de Jesús por la humanidad. Este hecho había corrido como pólvora por toda Jerusalén y mucha gente quería ver a Jesús como al mismo Lázaro. La “señal” hecha por Jesús en la resurrección de su amigo era más que evidente: “Jesús era la resurrección y la vida”, y había mostrado que tenía el poder para hacerlo. Pero las autoridades, antes que reconocerlo, prefirieron matarlo, y a Lázaro también. No veían en Lázaro motivos para creer, sino amenaza contra su autoridad ¿Con tal poder, como resucitar a un muerto, podía Jesús obtener cualquier cosa? Por supuesto, por eso era necesario eliminarlo y al resucitado también. Pero nuevamente, no habían entendido nada de su misión, de su corazón y del propósito de su venida al mundo. ¿Cómo es posible que un milagro pueda provocar distintas y contradictorias interpretaciones? El mismo hecho

motivó a algunos a creer y a otros a destruir. Por eso, hermanos y hermanas, ninguna “señal” puede probar lo que los testigos no quieran admitir. Siempre habrá manera de esquivar la verdadera naturaleza de la señal. Lo único que puede hacer es confirmar la fe de los que desean abrirse a creer; mientras que los que rechazan la fe siempre encontrarán base para hacerlo, o hasta aumentar su rechazo. Jesús devuelve la vida a un hermano, y las autoridades judías se enfadan y confabulan para matarlos. Así es la lógica del corazón humano. Era necesaria una muestra más contundente y definitiva de la naturaleza de Jesús y de su misión en el mundo, y él está resuelto a realizarla de una vez por todas.

A UN REY DIFERENTE

Cuando Jesús entra a la ciudad la gente se agolpa entre sus callejuelas, tomaron ramas de palma y salieron a recibirlo, gritando a voz en cuello: ¡Hosanna! ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor! ¡Bendito el rey de Israel! ¿Qué tipo de rey es Jesús? Lo que está en juego es, precisamente, la realeza de Jesús. La gente que llegaba en esos días a Jerusalén, lo hacía para celebrar la fiesta de la Pascua, y esta fiesta conmemoraba la liberación que el pueblo experimentó tras la salida de Egipto. El éxodo fue un acto de liberación espiritual y a la vez social y política. Y cada vez que la celebraban venía a sus mentes y corazones el anhelo de que se repitiera y fueran liberados, ahora, ya no de Egipto, sino de Roma. Esperaban que llegara el Mesías y les liberara definitivamente. Pero además, la gente levantó ramas de palma, que era una práctica que se realizaba en otra fiesta judía: la de los Tabernáculos, que a su vez había llegado a unirse a la fiesta de la Dedicación, que era la fiesta que recordaba la guerra de los Macabeos, cuando el pueblo judío se liberó del yugo griego. El uso de las palmas en esa ocasión llegó a simbolizar a la nación libre; de manera que cuando algunas de las personas reciben a Jesús con ramas de palma, expresaban su profundo deseo de que él encabezara un nuevo éxodo, un nuevo acto de liberación nacional. Pero había algo más. La gente exclama, citando el Salmo 118:25,26: “Bendito el que viene en el nombre del Señor”, y le añadieron:

“Bendito el rey de Israel”. No quedaba duda sobre las expectativas de la mayoría de la multitud: “Jesús es el nuevo rey de Israel”, y con su reinado serán echados fuera los invasores romanos. ¿Pero qué es lo que hace Jesús? ¿Acepta esa interpretación que se hace de su persona y de su misión? No. El pueblo no habían aprendido de la historia, que no bastaba una liberación de un poder o de otro, para después volver a lo mismo, y peor aún, para repetir con otros lo que ellos habían sufrido. ¿Para qué un libertador? ¿Para “volver a hacer lo malo delante de los ojos de Dios”? No habían reconocido que los cambios históricos tienen por fuerza que llevar un cambio más profundo y definitivo ¿Cuántas veces repetimos la misma historia, prometemos no volver a caer en lo mismo de antes, y tras un poco de tiempo caemos nuevamente en ello? ¿Cuántas historias de dolor son el pan nuestro de cada día y no caemos en la cuenta de que las circunstancias no nos aseguran lo definitivo, sino hay un cambio más profundo en nosotros? ¿Un rey, para qué y por cuánto tiempo? ¿Qué clase de Dios queremos, por cuánto tiempo y hasta dónde queremos que reine?.

A UN REY DE PAZ

Jesús recurre premeditadamente a una imagen profética para dar a entender a sus hermanos y hermanas la clase de rey que, como el enviado de Dios, se había propuesto ser. Utiliza la imagen de Zacarías 9:9, en la que el profeta vio al rey de Israel entrando a Jerusalén, humilde y cabalgando un pollino de asno. El rey que entra montado en un pollino prestado y no sobre un caballo de guerra es un rey de paz: “Hablará paz a las naciones” decía del Mesías el profeta Zacarías (9:10). El rey no viene a destruir a los enemigos, sino a destruir la violencia, el dolor, la esclavitud en los corazones de sus hermanos y de todos los habitantes del mundo. Jesús viene no para aplastar sino para reconciliar, no para imponerse con la fuerza de las armas, sino para persuadir con la fuerza de su amor. Un rey que pacifique los corazones atormentados de la gente, que ponga paz en las relaciones de las personas, un rey que rompa con las cadenas de violencia que se extienden fatalmente en las vidas y las historias de los

pueblos. Pero no es una paz de acuerdos que se firman y al poco tiempo se rompen. No, es una paz definitiva y eterna que va a la raíz de la vida humana y desde allí la purifica para vida nueva. Una paz firmada con su propia entrega, con su propia vida, para que ya no haya más sacrificios, ni más víctimas. Una paz completa que nada ni nadie, ni ninguna circunstancia, ni ningún desencuentro podrán destruir. "Mi paz os dejo, mi paz os doy; no como el mundo la da, yo os la doy". Un rey que no ha venido a establecer su trono en los palacios ni en los tribunales, sino en los corazones humildes, en la santidad de los hogares, en el amor de las comunidades cristianas y entre los pueblos.

A UN REY QUE QUIERE SER ADORADO POR AMOR

Es entonces que el acto de alabanza al Jesús que entra a Jerusalén cobra sentido. Es entonces que son necesarias las palmas y hosannas a Jesús, como la de los niños y niñas y los humildes que le adoraron de todo corazón. Es entonces que la adoración al rey que nos ha salvado y ha hecho su trono en nuestros corazones es necesaria, porque nuestras almas no pueden detenerse en sus muestras de alabanza y gratitud a ese Señor y Rey que ha entrado a la ciudad amurallada de nuestras vidas y ha derribado los muros de nuestro dolor, desesperación, tristeza, apatía o pecado, y ha afirmado su trono de amor, de paz, de alegría y esperanza en nosotros. Este es el culto racional del que habló el apóstol Pablo (Ro.12:1-3), y que va más allá del ritual, la rutina, las formas, de lo de siempre, muy bonito quizá, pero con poca profundidad, porque se le quiere adorar teniéndolo fuera de la vida, y eso no es posible, si deseamos que sea una adoración genuina. Quizá nos hemos quedado muy cortos en nuestra adoración a Jesús,

tan solo porque él aún no es el único Rey y Señor nuestro. Hay otros "señores" que tienen que ser desterrados de nuestros corazones, de nuestros labios y de nuestras vivencias cotidianas. Dice la Palabra que "los sacrificios a Dios son el espíritu quebrantado, y que al corazón contrito y humillado él no lo desampará jamás" (Sal. 51:17). "Adorarlo en espíritu y en verdad". El relato nos dice que los discípulos no lo habían entendido hasta que Jesús fue glorificado. Es verdad, cuando la gloria de Dios se manifiesta diáfana en nosotros, podemos comprender lo que significa el camino de la fe en Jesús y cómo es que la entrega generosa a él y a su causa no cuesta, sino que es un acto que se hace de todo corazón, y adoramos con nuestras palmas y nuestros mantos; con nuestras voces y todo lo que somos porque sabemos que Jesús ha entrado y ahora es el rey soberano de nuestras vidas y de Shalom. ¡Bendito el que ha venido en el nombre del Señor! ¡Hosanna, Jesús, Hosanna!

Amén.

Iglesia Bautista Shalom
Av. San Jerónimo 137
San Ángel.
CDMX
T. 55 5616 7732

SHALOM
IGLESIA BAUTISTA

